

Caín

JOSEP OTÓN

El filósofo **Thomas Hobbes** advertía que el hombre es un lobo para el hombre. Los animales atacan a las otras especies para alimentarse o defenderse. En cambio, el ser humano actúa con violencia contra sus propios congéneres.

La Biblia nos describe el asesinato de **Abel** perpetrado por su hermano **Caín**. Se trata de una agresión gratuita. No estaba en juego su supervivencia. La causa del fratricidio fue una reacción instintiva: los celos. Por una extraña razón los seres humanos podemos llegar a ser extraordinariamente crueles con los nuestros. Somos capaces de lo mejor y de lo peor. Por desgracia, la historia nos ofrece innumerables ejemplos de hasta dónde han llegado nuestras atrocidades. Los combates de gladiadores, el comercio de esclavos o los campos de exterminio son algunos oscuros episodios que ponen de relieve esta brutalidad.

Actualmente, el tráfico de personas continúa siendo una lacra para una sociedad orgullosa de haber superado las sombras de su pasado. Pero no es así. Usar al otro como mano de obra restringiendo sus derechos más elementales o condenarlo a ser un objeto de placer es un escándalo que todavía perdura. Al arrebatar a los demás su dignidad más legítima, los convertimos en mercancía destinada a satisfacer nuestros deseos. Los deshumanizamos, pero también nos degradamos nosotros mismos al perder la sensibilidad respecto al dolor ajeno. Nos tendría que avergonzar actuar como Caín que, al pedírsele explicaciones sobre lo sucedido, replicó: “¿Acaso soy el guardián de mi hermano?”. Pues sí, somos los guardianes. Tenemos la obligación de proteger a todos los miembros de la gran familia humana de las acechanzas de los lobos que se ensañan con sus semejantes. *

